

Y no al morir le es dado
Clamar: ¡Patria querida,
La vida que me diste hora te entregó!
¡Oh edad antigua, amada y venturosa,
Cuando en tropel las gentes
Por la alma patria á perecer corrían
Y vos siempre elocuentes.
Genidas siempre de gloriosas palmas,
¡Oh tésales gargantas! donde Persia
Ni el hado mismo doblegar pudo
A algunas libres y ardorosas almas!
Yo pienso que las piedras,
Plantas y mares y montañas vuestras,
Dicen con vago acento al caminante,
Cómo aquella rivera
Cabrió toda de cuerpos
Curos á Grecia, la falange invicta.
Vil por el Helesponto
Jerjes enojones y feroz fugaba.
A ser escarnio de la edad postrera,
Y sobre la colina
De Autela, en que espirando
Venció á la muerte la legión divina,
Simónides se alzaba
El campo, el mar, el éter contemplando.
Y con el rostro en lágrimas bañado,
Con pié inseguro y fatigoso aliente,
Pulsábase la lira:
—¡Dichosos vos mil veces
Que el pecho disteis á enemiga lanzas
Por amar á esta madre; vos, á qui enes
Grecia venera, el universo admira!
Al riesgo y al combate
Que impuso amor las juveniles nubes
Lanzan lo, es impelló al fati!...
¿Cómo tan grata job hijos la posera
Hora es que recordo, que sonríe
Al fin volasteis lamentable y dur?
Sembraba que á espléndido barqueto
O á danza alegre, y no á morir corriera
Cada uno de los vuestros. El oscuro
Tártaro, empero, y las calladas ondas
Os aguardaban. ¡Ni aun al lado habíais
De esposas ó hijos el cariño santo,
Cuando en áspero lecho
Sin esculos moristeis y sin llanto!
Mas no del Persa sin horrenda pena
Y angustia interminable.
Cual león entre toros encerrado,
Ya al lomo de aquel salta, y los colmillos
En él con furia clava.
Ya este ijar, ya aquel muslo dentellea;
Así en las turbas persas se inflamaba
La iracunda virtud de los helenos.
Mira en tierra caballo y caballero;
Mira atajar doquier carros y tiendas
En confusión, la fuga á los vencidos;
Pálido y desgreñado
Ser en la fuga el déspota primero;
Ve cual en sangre bárbara tenidos
Los héroes griegos, perdición del Persa,
Ya exangües, lentamente
Unos sobre otros caen. ¡Viva! ¡Viva!
¡Mil veces vos dichosos
Mientras se habla en los tiempos ó se escriba!
Antes en vuelco rápido cayendo
Al hondo mar, extintos
En el abismo estallarán los astros,
Que vuestra vengancia
Memoria, ó vuestro amor mengüe ó se olvide.
Vuestra tumba es altar: y aquí trayendo
Sus párvulos las madres,
Enseñarán los hermosos rastros
De vuestra sangre. Vedí yo de rodillas
Me postro ¡oh venturosos!
Y estos terrenos y estas piedras beso,
Que proclamarán eternamente
En cuanto el mundo encierra.
Ahí sí con vos yaciése, y emperada
Estuviere en mi sangre esta alba tierra!
Mas si es otro el destino, y no me siete
Que en una yo me moriré...
Por Gracia extinto en áspera orilla,
De vuestro vate la modesta fama.
La edad futura, si á los dioses place,
Recuerde en tanto que la vuestra esplenda.

Doña Carmen Martín Herrera

Hoy hace tres años que murió, vencida por aguda y dolorosa enfermedad, la señora doña Carmen Martín Herrera, madre de nuestros muy queridos amigos D. Enrique y doña Asunción Valencia y Martín y hermana de D. Rafael Martín Herrera. No es cierto que la memoria humana olvida el recuerdo de los seres y de las co-

sas en su vertiginosa carrera al través de los tiempos.

Los seres que viviesen en cariñoso contacto con nosotros y que privilegiados por la naturaleza con dones de virtudes incomparables en cuyos resplandores nos envolvieron durante su paso por el mundo cuando dolorosamente rompían los vínculos de la vida, y con ellos para siempre los de la amistad con que nos honraron, amasamos con lágrimas del corazón el recuerdo de su partida, y éste no se extingue jamás y desafía con triste tenacidad á olvidarlo.

En el orden de estos recuerdos figura con subidos caracteres de persistencia, el de aquella virtuosa y noble señora que se llamó doña Carmen Martín Herrera, y cuya prematura muerte privó á nuestros queridos amigos de una madre tan amantísima como necesaria, á la sociedad de una dama de tan raras como extraordinarias virtudes; si que ganó Dios para su seno un alma que que aumentar el número de sus escogidas.

Sírvales de lenitivo á los afligidos huérfanos en este día de triste recordación, la sincera y constante pena que sentimos con ellos desde aquella dolorosísima pérdida.

GORKI

Es otra figura, traída desde las soledades en la estepa rusa, que improvisan la tiranía de la moda literaria y el afán por lo exótico. Ya no son los japonerías de Pierre Loti, ni las exóticas narraciones de Judith Gautier, que encuentran una iniciación en las páginas de Jacquot, las que están en privanza. Escritores franceses éstos, ponen en su arte el encanto de estas letras latinas, suave, sensual, delicado, que sabe á caricias de mujer. Son libros los de estos orientalistas viñetes de paisaje con tonos dulces de acuarela, y el dibujo en sus figuras se hace blando como las vagas líneas en los cuadros al pastel. A través de ellos se ve la naturaleza y los hombres con contornos caprichosos, sin la rudeza del alma nativa siempre bañándose en esa poesía refinada de nuestro bizantinismo literario, que entraña más fantasía que verdad. Hay que ver la tierra como la sienten y la aman los que sobre ella han nacido y sufren, con su color y su sabor, y la vida de allí, caliente y en lucha, es necesario buscarla en los libros de los poetas y novelistas que la viven, que la traducen y que la cantan.

Con ellos, con estos escritores y con sus obras, parece que nos traemos acá la propia tierra.

Su arte es fuerte, atormentado, de resistencia, como la vida que refleja rebullir de una raza que se agotan á ratos y renacen á veces las primitivas energías bárbaras, y se pasa de la salvaje libertad de los cossacos en las montañas á la mansedumbre de los esclavos blancos, esos pobres *mujiks* que sudan y piensan sobre el surco estéril y en el fondo del *isha* miserable.

Bien venidos fueron un tiempo los maestros de la novela rusa contemporánea. Al sol de nuestros países meridionales lucía bien el paisaje adusto de la estepa, aun sin las flores, la alegría y el olor de nuestras huertas, y en medio del arte heleno-latino, el más amable, galante y poético de todos, no sonaban mal las estrofas de las *bilinas* esclavas, ni atirantaba los nervios el duro ceño con que la vida moscovita asomaba en las prosas de los grandes novelistas del Imperio mitad europeo, mitad asiático. Tolstói es por estos días el último, el que sobrevive, el más grande tal vez, que continúa indestructible en su soberanía universal.

Los que después han llorado, traídos por la moda, van pasando, como esa figura de Schlenkewk, que, después de reinar un día, declina sin dejar un rastro intensamente espiritual, ni señal de una honda seducida en la entraña humana.

Gorki llega ahora; pero su obra no es efímera: es la continuación de la novela rusa, aunque sin la plenitud de arte de sus antecesores. Parece el heredero de Dostoyeski. En sus esbozos hay la misma vida atormentada y cruel, y los vagabundos de *Tomás Gordeieff* sufren perdiéndose en los muelles como los reclusos de *Crimen y castigo* á los golpes brutales de las varas que desuelan las espaldas. El mismo dolor de vivir grita en las páginas de ambos, colérico de odio, suplicando misericordias.

No dá esta semejanza en el carácter de

la obra literaria la identidad de temperamentos. Es la vida que traducen la que los acerca.

Rusia continúa en el mismo estado social: despotismo arriba, mansa servidumbre abajo; dominio de la fuerza por un lado, acatamiento resignado en otro, y activo, prepotente, en heroica rebeldía, el espíritu revolucionario corteja al alma anárquico, anarquismo filósofo en Herzen y nihilismo literario en Dostoyeski. Así ha nacido la novela sociológica, que trajo el amor á los humildes, la caridad de un nuevo evangelio humano, mientras que la violenta represión imperial, la saña con que se persigue el delito de ideas, no hallando desahogo para el airado grito de protesta, ha encontrado la forma de la ironía, y estalla y cruje, más bravo y punzante, en las entrelíneas de la sátira. La vida no sólo da el carácter, sino hasta las modalidades del arte: las impone inexorable.

Los escritores pintan lo que han visto y la gente con que han vivido. ¿Qué van á encerrar en sus libros los novelistas rusos que no sea aquella sociedad convulsa, en crisis, conmovida por fiebre de ideas hasta la entraña, trabajada en su interior por un aliento de revolución, moza de odio, de amor y de piedad, mal encubierto todo bajo la aparente sumisión de los siervos y el lujo mayestático del poder de los zares? ¿Qué naturaleza han de describir sino aquellas llanuras infinitas sobre las que el hidalgo de la estepa llora la muerte de su caballo, los desiertos siberianos por donde andan peregrinando las cuerdas de presos con el dolor de los brazos atados y el alma aborregada, temblando al látigo, y con orillas de ríos donde los galeotes, los forzados, los vencidos, los *exchombres* viven sobre frágiles tablas?

Como los ríos helados de este inmenso país, cuyas aguas corren debajo de las nieves, silenciosas, denunciándose á trechos por el rumor que sale fuera por entre las grietas como un sollozo, así la vida esclava transcorre bajo el esplendor imperial, callada, enloqueciendo á ratos con delirio de manzana.

Más que de psicología de un pueblo son casos de patología social los que hallamos en la novela rusa contemporánea. Los seres que por ella desfilan son perversos, imbeciles, degenerados, almas entecas, nacidos para sufrir y criados en el mal.

No son héroes, son sencillamente hombres. No han tenido más escuela de educación que la vida.

Sudan esclavos del terruño, presos de él, que los agosta, que los mata y los hace caer sobre el surco con los brazos en cruz, como el labriego de Zola; andan errantes, merodeando por las playas y las aldeas, ruflanes, mozas de partido, ladrones, vagabundos, *almas muertas*; despreciados, se esconden en las covachas bajo tierra, hambrientos, haraposos, barrachos, sin llevar á costas el fardo pesado de la conciencia, que han arrojado á la vera de cualquier camino después de la caída, irremediable y eterna.

Esto es un esbozo del vivir de los bajos, el hampa, porque los intelectuales, espías, perseguidos, siempre bajo la presión policiaca, prefieren el destierro y el castigo en los presidios siberianos ó la muerte redentora, como exaltación de mártires por un ideal sacrificados.

Todo esto es el alma de la novela rusa, porque es condensación de la vida nacional, y los tipos, al pasar por los temperamentos de los distintos escritores, cambian de pergenio y de traje, pero conservan el mismo «interior», y las escenas adquieren, según la calidad de la pluma, más brío, mayor crudez; son escenas que creeríamos desorricas con horror y con asco si hasta lo más íntimo no nos llegara un saludable aire de piedad, esa *desesperación de la piedad*, que dice Vogüé, derramada, infiltrada por las páginas, con dibujos de *caprichos* goyescos y con tintas de aguas fuertes rembrandtescas. El color es sombrío, y el sabor nos parece amargo en toda la literatura rusa de los últimos tiempos.

De Gogol á Gorki hay gran diferencia, es verdad; pero más en el modo de ver, en la mayor intensidad de calor humano, de verdad de la vida, de gran color realista, que en las formas transitorias del arte.

La grácil ironía de Gogol, el humorismo, sano á lo Cervantes en ocasiones, en otras macabro á lo Shakespeare, no lo alcanza nunca Gorki, ni en sus cuentos ni en sus

novelas, aun en aquellas prosas en que burlesca y maldice, con sus personajes, las crueldades de la suerte. Gogol es robusto en la creación de sus grandes figuras, como *Taras Dubra*, mientras que los personajes de Gorki, como *Tomás Gordeieff*, no pasan de revestir un vulgarísimo sentido de la realidad.

Falta en los libros de Gorki ese espíritu de comiseración que, como un llanto de amor, moza y empapa muchas páginas de *Las almas muertas*. Sigue las huellas del maestro, pero no lo alcanza, porque adonde él llegó nadie ha llegado.

Tourgueneff fué paisajista, con visiones de pintor y con corazón de poeta. Bajo su pluma, el paisaje surgía, evocado, hasta con sus rumores y su olor. Las sensaciones del campo sólo él, entre los suyos, la realizó con tan prodigioso arte de verdad y encanto. Parece que, suggestionados por la lectura, cual si el paisaje nos resurgiera dentro, se nos clavaban tenaces los ojos en las letras, como si cada una fuese un árbol de bosque y cada frase sonora, con su ritmo, como un chorro de aguas corrientes.

Tourgueneff ve y siente la soledad de los paisajes en silencio, sin vida, pero con alma. Gorki no ve la naturaleza sin hombres, sino á éstos en medio de ella, en acción, soldados de lucha, padeciendo, tirando de la existencia con pena, forzados al dolor de vivir. A veces, bajo este aspecto, Gorki mira hacia la tierra, como nuestro Galdós, y no ve el paisaje, sino los hombres. A quien más se me asemeja, y ya lo he dicho, es Dostoyeski. En los libros de ambos hay belleza torturada, retráida, que angustia; pero intensa, formidable.

Gente patibularia, hez social, degenerados, pasan por las novelas de Dostoyeski, pero se regeneran, aunque sea por el crimen; el mal es en ellos virtud purificadora, cruz de redención desde la que, lavados y exangües, piden y obtienen piedad, esa piedad que despierta el mal cuando es inconsciente y trágico. Los hombres de Gorki no se regeneran; pasan sonambulescos, perversos, sin conciencia moral, lógicos, sin embargo, en medio de la vida. No piden misericordia; más bien reclaman justicia. No se quejan, porque al fin, el mal es una necesidad y el dolor una condición irremediable del vivir. Ya casi no tienen apariencia de seres morales, son *exchombres*, estériles sociales. Sobre el arte de Dostoyeski, macabro y trágico, proyectase un reflejo de Poe, mientras que por las páginas de Gorki se desliza solamente el espíritu pesimista del arte de Maupassant.

Ni siquiera intento una comparación con Tolstói, el más humano, el más evangélico, el más psicólogo y el más artista de los escritores rusos. Ninguno de los vagos de Gorki en los campamentos de gitanos que van peregrinando por aquellos caminos inspira lástima, como la *Maslova*, en demanda del presidio, pobre Magdalena sin amor.

En Gorki, no obstante, seduce la gran verdad y hasta el cariño con que se han trazado los cuadros. Para sus tipos enoja bien el ambiente de aquella vida y hasta el escenario de aquella desolada naturaleza, tierras malditas junto al Cáucaso.

Mayor impresión, por lo menos más dolorosa por la violencia del contraste, nos producen las escenas de miserias que pintara Jorge Elliot, con hambrones y mendigos recluidos á los arrabales de Londres, acosados, huídos de las calles como basura que se barre, y que desde los guaridas, de escucha, en acecho, espían como alimanas la hora de la rapaña; y la existencia en las alcantarillas de París, la vida subterránea, libre, pero sobresaltada, de criminales y ladrones, descrita por Cladel, por lo que tiene de anormal y extraño, en un «medio» tan opulento, pareceme dramáticamente intensa, rara, bien distinta de la vida *à plein air*, en medio del rumor de los bulvaros, por donde desfilan las alegres heronías de Prevost y los *navabs* arriquecidos de Daudet. Hasta más desolado también es el sufrir de los vagos de Bret Hart, teniendo por fondo los campos californianos, donde hasta el aire parecemos que va cargado con polvo de oro, en tanto que los mendigos ruedan, hambrientos y astrocos, por los caminos sin fin á la ventura.

En Gorki no habrá arte; pero hay vida. Leyéndolo, yo me he dicho, como Blas Pascal: «nos creíamos ante un autor y nos sorprende encontrarnos con un hombre.»

ANGEL GUERRA.